

Más allá de la homotextualidad: *Antes que anochezca*, de Reinaldo Arenas

Tras realizar, a lo largo de una existencia jalonada por continuos reveses, las más diversas fugas, y cuando no le quedaba otra alternativa que el sufrimiento y el dolor, el escritor cubano Reinaldo Arenas (1943–1990) se entrega, hacia 1988, a la grabación de *Antes que anochezca* (1992). Se trata de un testamento personal y seudohistórico articulado a duras penas y que precede a su inminente cita con la muerte, preferible al padecimiento de una enfermedad incurable y al consiguiente deterioro físico que lo consumía progresivamente por entonces. Fue la última de sus fugas, la liberación definitiva, esa puerta mágica que habría de cruzar como los animales protagonistas de *El portero* (1989), su novela sobre el exilio cubano en Estados Unidos: “cuando no hay otra opción que el sufrimiento y el dolor sin esperanzas, la muerte es mil veces mejor” (Arenas 9). Disminuido físicamente por la acción del virus del SIDA y sentenciado a un previsible deterioro mental, el suicidio era el único sendero que le quedaba por recorrer. El suicidio: acto de autoinmolación que en la Cuba castrista supone una manifestación de valerosidad, no de cobardía, según aseguró el autobiógrafo en un conversatorio celebrado en la Universidad de Tulane en 1983 (Barquet 113). Por tanto, *Antes que anochezca* vendría a ser el penúltimo acto de resistencia del escritor antes de la (auto)destrucción final (y subsiguiente término) de la agonía que lo asediaba.

Las memorias de Arenas, dictadas a una grabadora y mecanografiadas posteriormente por Antonio Valle (Valero 30), constituyen un proyecto iniciado en Cuba muchos años atrás, hacia 1973, mientras las autoridades cubanas lo perseguían, y de no haber interferido la detención del autor ese mismo año, tal vez hubiese sido ultimado. Pero no fue así, pues el manuscrito se extravió o debió caer, como tantos otros escritos elaborados en la Isla, en manos de la Seguridad del Estado, que no dudó en utilizar esos textos como prueba fehaciente de su conducta “contrarrevolucionaria”.

¿Por qué el título de *Antes que anochezca*? Se sabe que esta autobiografía o memorias—el carácter híbrido de la obra problematiza los límites de su identidad genérica—tiene origen en el hecho de que, en su condición de prófugo, el autor la tenía que escribir antes de que llegara la noche (Arenas 11). Al retomar quince años después la redacción de estas notas, el título cobrará un significado luctuoso: amenazado por una enfermedad sin perspectivas inmediatas de curación, la noche representaba entonces el cese existencial. La inmersión en esa situación de precariedad, la sombra funérea que se cernía sobre su vida, le hicieron tomar la determinación de acabar cuanto antes ese documento, fuente indispensable no sólo para el análisis de la personalidad del escritor, de su evolución vital y literaria, sino también para conocer numerosos aspectos de la génesis, naturaleza y propósito de algunas de sus mejores creaciones, entre las que se cuentan *Celestino antes del alba* (1967), *El mundo alucinante* (1969) u *Otra vez el mar* (1982). De hecho, de la mayoría de sus novelas, poemas y textos dramáticos no tendríamos un sentido cabal si ignorásemos *a priori* los acontecimientos y situaciones que se rememoran en *Antes que anochezca*, aunque bien es cierto que por la intervención mágica de la creatividad artística, en dichas obras los personajes, las anécdotas o los paisajes reales están cubiertos por una malsana pátina de ironía o se muestran desde una óptica burlesca, fantástica, distorsionante. Es lo que sucede, por ejemplo, en *El color del verano* (1991), donde, como en *Antes que anochezca*, conviven en dosis proporcionales la parodia, el sarcasmo, la ridiculización, la hipérbole desvalorizante. Los textos de Arenas—y la “autobiografía” no es una excepción—delinean, así pues, una imagen negativa de los efectos siniestros que los mecanismos de la dictadura castrista—de toda dictadura, en suma—ejercen sobre los ciudadanos¹. La conformación de un cuadro entre pintoresco y pesimista, penetrante y a la vez onírico y surrealista de la Cuba de los años 60 y 70 del siglo XX bajo el régimen de Fidel Castro que encontramos en *Antes que anochezca* va encaminada en esa dirección. Testimonio excepcional tanto por los valores histórico-ficcionales que aporta como por su intrínseca irreverencia discursiva, la obra significa el último intento por consumir esa premeditada venganza “contra casi todo el género humano” (Arenas 16) que alimenta la mayor parte de la producción literaria del escritor.

Pese a su enraizamiento en la realidad circundante, uno de los hallazgos de *Antes que anochezca*, junto a los mencionados, es el potencial imaginativo de sus páginas, las cuales arrojan una viva luz sobre la

obra de ficción del novelista y asimismo sobre su propia vida y la de sus coetáneos. De ahí que Emma Álvarez-Tabío Albo afirme que

... aunque ofrezca *Antes que anochezca* como su autobiografía, este libro es, en realidad, la novela de la vida de Arenas. Aquí se manifiesta, ante la inminencia de la muerte, su espíritu a la vez lírico e irónico, crítico y comprometido, fantástico y realista. En ella se trenzan la picaresca, el humor, la hipérbole y, sobre todo, el sexo, como medio de comunicación y de conocimiento del mundo. Si Arenas le había dado algo de sí mismo a cada uno de sus personajes, es justo que el personaje que elabora en esta novela o autobiografía—su propio personaje—lo fabricara tomando cosas prestadas de sus personajes de ficción. (285)

No es nuestro propósito descalificar el discurso areniano catalogándolo de “simple novela”, como han hecho algunos de sus lectores; se trata de aceptar un hecho más importante que subyace en el entramado final de la obra—la mezcla de ficción y realidad—y que enturbia la posibilidad de deslindar con nitidez el orden “literario” del “no literario”, situación compleja que, lejos de restarle mérito al conjunto, multiplica sus posibilidades de interpretación.

Uno de los *modi operandi* más destacados con que “juega” Arenas es el uso peculiar que hace del “homotexto”, entendido como un concepto que acaba con el prejuicio derivado de la identificación de texto y autor como una unidad intrínseca, permitiendo así que la literatura de autores gays se analice a partir del texto mismo y no en función de su orientación sexual, aunque hay que precisar que, al tratarse de una obra de inequívoco trasfondo autobiográfico, la homosexualidad rebasa aquí los cánones del discurso propiamente dicho para confabularse—y confundirse—con el universo empírico del que tanto se nutre.

La “homotextualidad” en *Antes que anochezca* alcanza, por tanto, una dimensión extratextual que nos informa del germen y del itinerario de la furia del escritor, de la rebeldía que hasta tal punto lo azuzó que el sesgo de la implacable mirada que proyectara sobre la realidad conocida se ve influido por la misma. Ya sea intramuros o desde la lejanía, ya sea adoptando una actitud lírica y emotiva o inclinándose por el distanciamiento y el análisis corrosivo, la mayoría de estas páginas escritas por el autor de *El mundo alucinante* detallan los signos de la extrema animadversión que le inspiraron los fundamentos de la Cuba comunista. Sin duda, el calificativo que mejor le cuadra al libro es el de “subversivo”, y en este sentido es uno de los textos más demoledores del

autor cubano, pues pretende escudriñar bajo los pilares aparentemente sólidos de la Nación y desvelar sus defectos menos perdonables, sus inconfesables miserias. Para entender en su justa medida el significado de este concepto nuclear, partamos de la definición del verbo “subvertir” propuesta por el crítico Manuel Ramón de Zayas:

Subvertir es mirar debajo de los cimientos donde nunca nadie ha mirado. Y, en mirar, descubrir que el edificio que sustentan es flexible, es plástico, es capaz de múltiples morfismos. La mirada que subvierte se vuelve sobre sí misma en el mismo movimiento en que se vuelve sobre el mundo. El coraje de mirar es siempre subversivo y es siempre coraje porque supone el riesgo de la ruina arquitectónica. (16)

El aprovechamiento por parte de Arenas de un discurso que narra con pelos y señales los intrínquilos de una sexualidad disidente (la homosexualidad), condenada por la política castrista, representa uno de los *leitmotivs* con que se hace frente a la ideología y a los valores establecidos. Se sabe que tras el triunfo de la Revolución, los teóricos del PSP (Partido Socialista Popular) juzgaron la homosexualidad como resultado de la decadencia burguesa haciendo uso de las categorías de análisis aplicadas por el Estado sobre el machismo cubano y por la Revolución soviética durante las décadas del 30 y 40:

El progresivo trasvase de discurso revolucionario hacia el materialismo dialéctico y el paralelo crecimiento de la influencia del PSP . . . entregó al liderazgo de la Revolución nuevos instrumentos de evaluación de la homosexualidad. El moralismo inicial del liderazgo de la Revolución fue poco a poco substituido [sic] por un análisis “científico” que justificaba la homofobia tradicional cubana y fundamentaba “científicamente” los ataques del liderazgo revolucionario. (Zayas 15)

A esta apoyatura ideológica antiburguesa y científicista se añade el inconveniente de que en Cuba, al inicio de la era del gobierno de Castro, la sexualidad se verá no como un asunto privado o una libertad o derecho personal, sino como el cumplimiento de una obligación social.

El curso del machismo en la vida nacional cubana y sus códigos alienadores no sorprendieron a los que ostentaban la heterodoxia en materia sexual; antes bien, ya estaban enquistados en el inconsciente del cubano de la época de la República, pero persistirán tras la efeméride histórica ocurrida en 1959. La diferencia respecto a la Primera y

Segunda República cubana reside en el alcance y el significado de la condena. Entonces la homofobia tradicional de la sociedad isleña será asumida con carácter doctrinal y con una devoción propia del más estricto puritanismo. Manuel Ramón de Zayas anota que “La vergüenza social se convirtió en repudio estatal, el comportamiento excéntrico en actitud subversiva, el arte de liberación sexual en acto clandestino y la literatura homosexual en evidencia de criminalidad” (16). El desarrollo de la política comunista hacia el homosexual experimentó avances y retrocesos teóricos en las décadas posteriores al comienzo del proceso revolucionario. El análisis oficial de la homosexualidad registró un cambio de clave hacia los términos de psicopatología. El repudio hacia este tipo de práctica que atentaba contra la mentalidad heterocentrista se manifiesta tempranamente en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (1971), donde se recomendó la exclusión de los homosexuales del campo de la educación y de otros ámbitos de la sociedad y del mundo del arte. Pero incluso, avanzando el tiempo, el Código Familiar de 1976 abundará en esta misma línea, y el de 1979 dejó intactas en su mayoría las leyes antihomosexuales que ya existían en el viejo Código Penal de 1939.

A este propósito, el funcionamiento a mediados de la década del 60 de los llamados campos de las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), destinados a la reeducación de personas que abrazaban la diferencia como norma, vino a constituir una de las primeras medidas represivas. Creados en 1964, según unos, en 1965, según otros, o dos años antes, si hacemos caso al dato de Arenas, estos emplazamientos, en los que se sometía a los reclusos a torturas físicas y psicológicas, a adoctrinamiento político y a trabajos forzados, sirvieron en primer lugar para concentrar a personas acusadas de conductas consideradas inmorales—como es el caso de los homosexuales—o a los que se tildó de “diversionismo ideológico”, o sea, los que no simpatizaban con las directrices marcadas por el régimen². Pero las UMAP afectaron también a quienes en la vestimenta y en su aspecto exterior seguían una moda que ponía de manifiesto un influjo entonces inadmisibles del imperialismo norteamericano, o bien a los que profesaban creencias religiosas que no casaban con la ideología laica asumida por el Estado marxista-leninista (católicos, protestantes o—los más castigados—Testigos de Jehová y Adventistas del Séptimo Día)³.

Dado el clima reinante de represión y dogmatismo, resulta cuestionable el carácter subversivo que ha de implicar cualquier intento

por erradicar los prejuicios sexuales en la Isla, uno de los cuales se articula, a falta de otro mejor, a través de la escritura y la textualización de aquellas prácticas sexuales consideradas disidentes. En efecto, en *Antes que anochezca* Arenas no rehúye abordar todo lo que concierne al tema de la homosexualidad, juzgado como tabú en la Cuba de Fidel Castro a causa, precisamente, de las connotaciones “contrarrevolucionarias” que a la sazón tenía esta tendencia. El libro deja abierta así un interrogante acerca de “la relación entre el deseo y el poder, sobre la llamada identidad sexual y nacional, sobre la problemática autobiográfica y sobre todo acto de disidencia y transgresión” (Bejel 29). A poco que iniciamos su lectura, irrumpe, junto a la incipiente necesidad inventiva y escrituraria, incomprendida por las personas que lo rodeaban, un componente homoerótico que, a la postre, llegará a ocupar un lugar privilegiado en el discurso autobiográfico areniano. Ignorar la textualización—de notable envergadura—del sexo en la obra del escritor cubano constituiría un acto de miopía crítica, descuido en el que hoy día, por fortuna, muchos estudiosos evitan incurrir. De hecho, a muy pocos de los que incursionan en la figura del novelista exiliado les pasa desapercibido el hecho de que la sexualidad es un potente motor y una fuente nutricia de algunas de sus mejores páginas. Sin ir más lejos, Cabrera Infante, con su característica lucidez, ha observado que:

Tres pasiones rigieron la vida y la muerte de Reinaldo Arenas: la literatura no como juego sino como fuego que consume, el sexo pasivo y la política activa. De las tres, la pasión dominante era, es evidente, el sexo. No sólo en su vida sino en su obra. Fue el cronista de un país regido no por Fidel Castro, ya impotente, sino por el sexo. (181)⁴

Sexo, escritura y política configuran la tríada medular que teje ostensiblemente los hilos de la trayectoria literaria y biográfica del escritor. Es más, en obras adscritas al género lírico como *Voluntad de vivir manifestándose* (1989) y *Leprosorio* (1990), se percibe igualmente como una constante obsesión la sombra del mismo trinomio. Tanto el sexo como la escritura están concebidos como conductas que transgreden el orden político, el poder institucionalizado, el discurso tradicional de la nación. En tanto actividades subversivas, la escritura y el sexo se interrelacionan estrechamente, y ambas prácticas se destinan a la crítica feroz y a la destitución del discurso político oficial cubano. Si, por añadidura, ese deseo erótico se proyecta sobre personas del mismo sexo—inclina-

ción no tolerada en un medio homófobo como el de la Cuba pre- y posrevolucionaria—, la reprobación social y política resulta perfectamente comprensible⁵. Escribir y mostrar una línea sexual censurada por los dispositivos autoritarios de la patria son dos caras de la misma moneda: fustigar o contravenir la normativa oficial del gobierno. En cualquier caso, el autor no muestra ningún reparo en verbalizar como lo hace él—sin tapujos, descaradamente—las experiencias sexuales que tuvo sin medida cuando se hallaba aún en el solar nativo.

La heterodoxia sexual de Arenas comienza en fechas tempranas. Durante su infancia las elecciones del objeto sexual del narrador pueden ser descritas como las propias de un chico “perverso polimórfico” en el sentido freudiano⁶. Ya a los seis años, según refiere el autor, tomó conciencia de su atracción por personas del sexo masculino: un día de San Juan contempló con embeleso a unos muchachos que se bañaban desnudos en el río (Arenas 25). También en la escuela confiesa haberse enamorado platónicamente de algunos de sus compañeros de clase. Sin embargo, sus primeros escauceos eróticos, algo inocentes, los tuvo con su prima Dulce Ofelia, mientras que la primera penetración—anal—la practicó a los ocho años también con otro familiar suyo: su primo Orlando (Arenas 28–29).

Más tarde, instalado en su etapa de adulto, participará del soterrado ambiente homosexual habanero, lo que lo predispone a la elaboración de un burlesco catálogo de los distintos tipos de homosexuales, a los que llama indistinta y peyorativamente “locas”, como popularmente se conoce en Cuba a los homosexuales masculinos muy amanerados y que regularmente ostentan su condición. Entre éstos estarían la “loca de argolla”, la “loca común”, la “loca tapada” y la “loca regia”. De entre la gente que conoce, escoge ejemplos de cada modelo, como el escritor Virgilio Piñera, que, según Arenas, se incluye dentro de la primera categoría⁷. A propósito del autor de *Electra Garrigó* (la famosa pieza teatral piñeriana escrita en 1941), valga recordar que, después del triunfo de Castro, éste sería uno de los que sufriría más los estragos de la marginación social y literaria, aunque después de su fallecimiento en 1979—ironías del destino—asistamos a una creciente reivindicación de su obra. Al caer en desgracia Piñera, el también homosexual José Rodríguez Feo, especie de mecenas que había costado la publicación de los *Cuentos fríos* (1956) de Piñera, la revista *Orígenes* (1944–1956), así como la revista *Ciclón* (1955–1959), le negó la palabra al autor

proscrito. Hechos lamentables de esta naturaleza le llevan a reflexionar al no menos marginado Arenas sobre las consecuencias nocivas que produce la tiranía política en las conciencias de los individuos, poniendo al descubierto una maldad que, si bien es inherente a la naturaleza humana, en circunstancias menos difíciles no se hubiese encauzado de tal manera (Arenas 108).

Arenas, como Piñera y otros intelectuales relegados a la condición de sujetos subalternos, sería víctima del rechazo oficial y de sus efectos: la delación, la hipocresía y esa “muerte en vida” que define a la perfección la condena del exilio interior, también llamado “insilio”⁸. Pese a ello, Piñera realizó el acto heroico de presentar en 1968 al concurso Casa de las Américas su obra teatral *Dos viejos pánicos*, alegoría del terror y del miedo que se padecían bajo el régimen de Fidel Castro. Fue la gota que colmó el vaso, lo que, añadido a su castigada sexualidad, decidió la exclusión del escritor del canon de la literatura revolucionaria.

Otro escritor desplazado por la política castrista fue José Lezama Lima, al que Arenas conoció a raíz de la publicación de *Celestino antes del alba*. Tanto Piñera como Lezama, ambos escritores homosexuales aunque de estéticas diferentes y en más de una ocasión enfrentados, vivieron desde los años 60 hasta su muerte en una suerte de insilio obligatorio al quedar silenciados durante la etapa más represiva del gobierno de Fidel Castro. Mientras en el extranjero sus respectivas obras eran estudiadas y traducidas, en Cuba, por el contrario, las posibilidades que tenían de publicar eran bien escasas o nulas.

Aparte del rechazo originado por las preferencias sexuales de Lezama, su defensa de una literatura ajena a cualquier compromiso político y sociológico no encajaba en el corpus ideológico del régimen comunista, conformado a imagen y semejanza del marxismo-leninismo. Recuerda Arenas que en 1968 Lezama leyó en la Biblioteca Nacional una extraordinaria conferencia titulada “Confluencias”, en la que reivindicaba la libertad creadora y confesaba su amor a la palabra y a la imagen poética⁹. Destaca Arenas el carácter “subversivo” de la propuesta lezamiana y lo que significó dentro de las fronteras de un régimen totalitario, que mira con recelo cualquier vínculo con la belleza, sobre todo si está desprovista de contenido político-social (Arenas 113).

Efectivamente, escapista y reaccionario debió parecer a los politólogos de la Revolución el manifiesto de un hermético sistema poético en el que el tiempo queda suspendido y que aboga por la provocación de lo que Lezama denominó “sobrenaturaleza”. El autor de *Paradiso*

(1966) colocó la imagen en el sitio de la naturaleza perdida, sugiriendo que, frente al determinismo del mundo externo, real, el hombre reacciona con el total arbitrio de la imagen. El hombre, según la cosmología poética lezamiana, es imagen, y el artificio de su creación le devuelve reflejada su verdadera esencia. La nueva mentalidad institucionalizada sospechó de esa defensa de un ámbito sobrenatural que invocaba la ruptura con la contingencia mundana y el abandono de las tradicionales imágenes telúricas en pos de una constelación de imágenes estelares¹⁰.

Fuera del campo del arte y de la literatura, la corriente de censura y restricciones que se extendía por todos los rincones de la sociedad isleña suscitó la oposición de numerosas voces contestatarias. Para enmascarar el miedo, para burlar la acción del dogmatismo ideológico, la juventud habanera más disconforme recurrió a varias vías de evasión, una de las cuales, si damos crédito a Arenas, fue el sexo. Por paradójico que resulte, la atmósfera de cerrazón política en la Cuba de los 60 y 70 incentivó, en los aledaños de una sociedad incipientemente monolítica que exhibía la consigna de “Socialismo o muerte”, una liberación sexual de tales proporciones que su estudio aquí no está de más. Frente a las prohibiciones que instituyó la dictadura cubana, se infiltró, por consiguiente, el placer de la carne, el cual desbordaría los límites permitidos instaurando con la misma un nódulo hegemónico en el discurso areniano que sobrepasa, en mucho, a sucesos de otra índole. Lo atestigua, un tanto exageradamente, el mismo autobiógrafo: “Hubo un momento en que se desarrolló, de forma oculta, una gran libertad sexual en el país; todo el mundo quería fornicar desesperadamente y los jóvenes se dejaban largas melenas que, por supuesto, eran perseguidas por mujeres menopáusicas provistas de largas tijeras, se vestían con ropa estrecha y se ponían sellos al estilo occidental; oían a los Beatles y hablaban de liberación sexual” (Arenas 117).

El adjetivo *oculta* empleado por el escritor tiene su explicación en el contexto de esa vorágine de desenfreno que nos describe. Y es que la actividad sexual se desarrolló, al parecer, en un ámbito subterráneo, de espaldas a la propaganda oficial, no porque se realizara necesariamente a puerta cerrada o durante la noche, sino por las connotaciones prohibitivas que tenía tal práctica, así como por las amenazas de castigo que se cernían sobre los practicantes. La sexualidad—y más específicamente, la homosexualidad, deseo tabú en toda sociedad homófona—habitaba en Cuba en la clandestinidad, aunque casi todos parecían ejercerla, a juzgar por lo que nos cuenta el autor. La homosexualidad se desliza en

un contexto paralelo, aunque contrario al dogma oficial, a la conducta políticamente correcta y socialmente aceptada. El lugar ocupado por el sexo promiscuo de cariz homosexual en *Antes que anochezca* es tan desmedido en sus cotas de expresión e intensidad que no exagera Guillermo Cabrera Infante cuando afirma que la vida de Arenas “fue una azarosa aventura en un bosque penetrable de penes, dejando detrás la señal de su semen y de su escritura” (184). Se trata de un erotismo que, como observa María Luisa Negrín, está insuflado de una imperiosa necesidad de evasión, carente de sentimiento, pues el amor nunca aparece en la vida y en la obra de Arenas como complemento y conjunción del erotismo, sino que es la satisfacción carnal, no el anhelo de amar y de sentirse amado, el único fin del acto sexual¹¹. Para Negrín, la promiscuidad sexual y la ausencia del amor en las relaciones que describe el escritor, lo mismo que en otros terrenos analizados también por la investigadora cubana, apuntan a una evidente alienación en el plano afectivo (28–30).

Para ilustrar esta incontinencia sexual que satura las páginas de *Antes que anochezca*, y en la que los apetitos de la carne colisionan con el florecimiento de un sentimiento amoroso, acudamos al relato del período juvenil del escritor. En una ocasión éste realizó un viaje por toda la Isla junto a Hiram Pratt, alias del poeta Delfín Prats, lo que le sirve de excusa para deleitarnos con la colorista exhibición de una estampa llena de sensualidad caribeña muy próxima al “realismo mágico” garciamarquiano: “El tren iba lleno de reclutas; todo el mundo iba erotizado y los actos sexuales se realizaban en los baños, debajo de los asientos, en cualquier sitio. Hiram masturbaba con el pie a un recluta que parecía dormir en el suelo; yo tenía la suerte de poder utilizar ambas manos” (Arenas 118). Acentuando esa mezcla explosiva de naturalidad e inverosimilitud narrativas, Arenas refiere que donde la gente se erotizaba especialmente era en los viajes interprovinciales, cuando el conductor del autobús apagaba las luces durante la noche (Arenas 132).

Verdad o mentira, o verdad a medias, este desinhibido goce sexual experimentado por unos jóvenes indiferentes al proyecto socialista de la nación, despreocupados por la adquisición de un compromiso político y sin ningún interés por adherirse a un orden social semejante al propuesto desde el poder, sólo es comparable al reiniciado más tarde durante la crisis económica de los 90, cuando el sexo en la Isla, por motivos distintos, se convirtió también en una válvula de escape o en una tabla de salvación¹². Las vivencias sexuales de que disfrutó Arenas

durante ese otro intervalo anterior—de atropellos y de persecución policial—encerraban igualmente un indisimulado mensaje de protesta. La hiperactividad sexual del autor, paralela al acoso y a la vigilancia incesante por parte de los aparatos policiales, evidencia una denuncia de la discriminación de la que en aquella época eran víctimas los homosexuales, cuyo comportamiento hacía peligrar el orden público establecido.

Ya se trate de un gesto de rebeldía, de una manifestación natural de deseos largo tiempo reprimidos o de simple ficción novelesca, el ejercicio de la homosexualidad en la autobiografía areniana se instala en los pliegues y fisuras de la ciudad o en la periferia rural donde se oían lejanas las consignas del comunismo, es decir, en el extrarradio del discurso nacionalista cubano¹³. La marginalidad de la que se apropia el personaje principal en actitud hostil hacia la ideología castrista y hacia el discurso instituido a la fuerza acerca de la identidad nacional es fruto de una venganza largo tiempo planeada que el autor implícito del relato—sujeto exílico, enfermo terminal y, por tanto, sin nada que perder—urde a través del sexo como arma arrojadiza. A tal fin, se sugiere que el miedo al arresto, lejos de inhibir los instintos corporales, no hará más que desatarlos, potenciando dinámicamente la entrega fugaz al escarceo sexual:

Llegar a una playa entonces era como llegar a una especie de sitio paradisíaco; todos los jóvenes allí querían hacer el amor, siempre había decenas de ellos dispuestos a irse con uno a los matorrales. En las casetas de la playa de La Concha, cuántos jóvenes me poseyeron con esa especie de desesperación del que sabe que ese minuto será tal vez irrepetible y hay que disfrutarlo al máximo, porque de un momento a otro podía llegar un policía y arrestarnos. (Arenas 119)

Si nos atenemos a lo que recoge el texto, la llegada de Arenas y de Pratt a un campamento militar en la Isla de Pinos despertó tanta expectación entre los soldados como las prostitutas entre la milicia peruana en la novela de Mario Vargas Llosa, *Pantaleón y las visitadoras*. ¿A qué obedece el que los reclutas, burlando la disciplina militar, saliesen en bandada al encuentro de los recién llegados durante la noche, siempre y cuando eso fuera posible? Ante todo, a que en lugares donde el placer de la carne se pena inquisitorialmente y donde ésta se destierra de la esfera pública, se supone que la fruición con que se paladea es más intensa. Tanto es así que, en vez de mostrarse solapada y tímidamente, como sería lo previsible, las apetencias sexuales y eróticas se desbordan por las

grietas del poder, de un Estado despótico e intolerante que ha hecho de la castidad y del puritanismo su mejor sistema ético regulador. Al respecto ha atinado a observar Cabrera Infante: “Los despidos, el acoso y los campos de concentración sólo para homosexuales parecían ser, de creer a Arenas, más un acicate que un alicate” (187). La frase, algo más que una de las ingeniosas paronomasias a que nos tiene acostumbrado el autor de *La Habana para un infante difunto*, subjetiva una verdad enunciada por numerosísimos críticos, una intuición que se vuelve certeza textual en cuanto se verifica que Arenas, al representar la Isla “como un espacio políticamente sofocado y sexualmente sobreerotizado” (Nagy-Zekmi 216), enfatiza las bipolaridades que cimentan la Cuba de Fidel Castro: público/privado, opresión/libertad, castidad/erotismo, oficial/extraoficial, homogeneidad/heterogeneidad, heterosexual/homosexual, masculino/femenino, activo/pasivo, normal/anormal (Jiménez 14).

En momentos en que la atracción por la hipérbole asociada a Arenas da pie a la narración de una decena de episodios que explicitan la desafortunada actividad sexual desarrollada en la Cuba del autoritarismo y de la represión oscurantista de finales de los 60 y durante la década del 70, la escritura, lo mismo que la homosexualidad, pasa a representar una estructura simbólica subversiva¹⁴. Durante el exabrupto carnal, del que será protagonista casi todo el pueblo, se transparenta esa intencionalidad transgresora del discurso testimonial areniano, tan contrario, por ejemplo, al espíritu conservador y bienintencionado de las “novelas-testimonio” de Miguel Barnet. Pese a mostrar la historia de los seres “sin historia”, protagonistas de lo que Unamuno llamó la “intrahistoria”, respetan los pilares básicos sobre los que descansa el poder hegemónico vigente (en este caso, el estatuto revolucionario). En los textos de Arenas, por el contrario, ya sea a través de la narración de los devaneos homosexuales o de una crítica despiadada dirigida a los abusos contra los derechos humanos, se impone lo que podemos considerar a todas luces un verdadero “contradiscurso”. La sexualidad, más que otra cosa, es enarbolada como divisa frente al hipócrita espíritu de contención que en períodos represivos como el que se evoca suele arreciar con violencia. El mismo autor se encarga de subrayarlo: “Toda dictadura es casta y antivital; toda manifestación de vida es en sí un enemigo de cualquier régimen dogmático” (Arenas 119). De ahí la necesidad de inventar un paraíso—eso sí, artificial, efímero y en continua amenaza—dentro de ese opresivo “infierno” insular en que se vivía.

Y uno de los contextos mejor aprovechados para localizar la construcción de esa otra realidad paralela es el entorno marino, escenario idílico y novelesco de abundantes encuentros sexuales, como los que tuvieron lugar en la playa de La Concha, donde Arenas disfrutó de incontables amores furtivos, siempre bajo la mirada censuradora de las autoridades políticas (Arenas 125–27). De forma parecida a como reaccionan los personajes de *Como agua para chocolate*, de la mexicana Laura Esquivel, tras notar los efectos afrodisíacos de los alimentos que habían ingerido momentos antes los comensales reunidos en torno a la mesa, Arenas hace el amor en cualquier parte, no sólo en las casetas de la playa o bajo el agua, sino también entre los matorrales, encima de los almendros, en los autobuses, en los cuarteles. Y es curioso comprobar cómo en aquellos años políticamente nada memorables, el “quinquenio gris”, “cruel” (1971–1976) o el “largo período negro” (que se alargaría durante más de un decenio) de los que tanto han hablado historiadores y críticos, “lo erótico y lo literario marchaban de la mano” (Arenas 127). Para entregarse a la imaginación creadora, según dictaminó el autor, debía dejar cubiertas antes las necesidades corporales (127). Fiel a esta exigencia biológica, la disidencia literaria del escritor se superpone a la sexual y ambas se encaminan a un mismo objetivo: socavar las estructuras endebles de un sistema político alienante que sofocaba cualquier manifestación de libertad. Por eso la escritura y la (homo)sexualidad se oponen así a un discurso político homologador como formas de resistencia; son vías para deconstruirlo, para demoler los rígidos cimientos sobre los que se fundamenta ese discurso, causante de un sinfín de traumas históricos y personales.

En la evocación de la ilimitada voracidad sexual de esos años juveniles de disipación, y al describir la hilera de adolescentes que hacían cola en el cuarto de criados de su tía Orfelina, donde dormía Arenas, esperando para tener contacto sexual con él (Arenas 128), o los encuentros furtivos y multitudinarios improvisados durante la noche del carnaval habanero (159), puede verse que el escritor está subvirtiendo los valores de la sociedad homofóbica cubana, junto a la ideología enarbolada por el poder totalitario, que no ocultaba el empleo de estrategias extremadamente represivas.

Si avanzamos aún más en la obra, vislumbramos que el autor sigue ahondando en el dibujo de una vida homosexual en ebullición, narrada con impudicia, hasta con delirio (aunque espiada, claro está,

por los secuaces del régimen), en contraste con la atmósfera de intransigencia, burocracia y dogmatismo que invadía los distintos sectores del país. Es más, cabría destacar que a medida que crece la imposición del orden, mayor es también la tentación de caer en lo prohibido: “Creo que nunca se singó más en Cuba que en los años sesenta; en esa década precisamente cuando se promulgaron todas aquellas leyes en contra de los homosexuales, se desató la persecución contra ellos y se crearon los campos de concentración; precisamente cuando el acto sexual se convirtió en un tabú, se pregonaba al hombre nuevo y se exaltaba el machismo” (Arenas 130–31).

En el ámbito sexual, la *différance* areniana, en el sentido derridiano, es textualizada como un desafío contra la hipocresía político-social de la nación. El discurso homotextual acude a la recodificación en la representación del sujeto homoerótico, entendiendo por “recodificación” la manifestación de una actitud subversiva y el deliberado incumplimiento de normas sociales. En *Antes que anochezca* la homotextualidad y el discurso anticastrista se retroalimentan de modo tan directo que no puede pasarse por alto la existencia de este núcleo temático, sustancioso y vertebrador de casi todo el texto. De la asociación irrevocable de ambos elementos (anticastrismo y homosexualidad) se desprende que la oposición del autor al régimen cubano en vigor no proviene tanto de una convicción ideológica en sí misma, sino que las bases de sus concepciones políticas tienen más bien origen en la marginación y discriminación originadas por su condición sexual. Si, como advierte Nagy-Zekmi, la construcción de una identidad nacional a nivel individual se forja a partir de experiencias personales (216), la posición frente al régimen que marginó, encarceló y, por último, expulsó al escritor no puede, lógicamente, ser otra que de radical desavenencia.

Escudándose en lo que en otro tiempo se llamó “pecado nefando”, Arenas contrapuso a la pureza ideológica del orden revolucionario el desorden impuro de los sentidos en forma de sexo promiscuo en su vertiente homosexual. Unas de las páginas más hedonistas de la autobiografía areniana son aquéllas en las que el autor recrea *ad nauseam* sus interminables experiencias en materia sexual, esa especie de furor insaciable que pareció contagiar a los jóvenes del apogeo revolucionario como respuesta a la opresión ejercida desde el gobierno sobre todas las actividades de la sociedad, la sexual incluida.

Al no existir en Cuba una división social que colocara al homosexual en un espacio específico, ni una militancia que le proporcionara

unas señas de identidad propias, muchos cubanos “heterosexuales” mantenían relaciones con otros hombres sin que por ello sintieran amenazado el edificio de su valorada masculinidad (Arenas 133). Esta posibilidad venía avalada por el hecho de que el machismo cubano consideraba que sólo era homosexual aquel que desempeñaba el papel pasivo en la relación. La homosexualidad no era una cuestión de géneros, sino de roles.

El escritor, que no pudo escapar a las mismas estructuras machistas que él criticaba, define el amor homosexual en términos de complementariedad, es decir, como la combinación de elementos opuestos (activo/pasivo). La relación de dos hombres caracterizados por la homogeneidad o reversibilidad en los papeles sexuales le resultaba inconcebible. Arenas distinguía dos tipos de homosexuales: por una parte, los “bugarrones” u “homosexuales activos”, para los que penetrar a otro hombre no constituye un signo de homosexualidad; por otra parte, los homosexuales propiamente dichos o “locas”, que disfrutaban siendo penetrados. Los hombres pertenecen a una categoría o a otra y, de acuerdo con el novelista, la satisfacción sexual depende de la habilidad para acoplarse a miembros del grupo opuesto. Así, el objeto de deseo de la “loca” no es otro homosexual, sino un “verdadero hombre”, entendiendo por tal un sujeto varón heterosexual o bisexual activo. En el exilio añorará la época de su actividad sexual en Cuba porque abundaba este tipo de combinación antitética. Todo lo contrario de lo que sucede en el mundo moderno capitalista, donde, según él, los amantes suelen intercambiar sin problemas sus papeles durante el acto sexual (Arenas 132–33).

Arenas se refiere a la “loca” continuamente mediante el pronombre personal femenino “ella”, convirtiéndola en “una mujer prisionera en un cuerpo de hombre”, en un simple “invertido” sin ningún rasgo ontológico de su identidad y todavía completamente sujeto a matrices de género heterosexuales. Este tipo de homosexual sólo puede disfrutar con alguien que desempeñe un papel activo en la relación, similar al del varón en la relación heterosexual. De ahí que David Vilaseca hable con acierto de “heterosexualization of homosexuality” en la autobiografía de Arenas como una secuela machista que lastra involuntariamente el concepto de la homosexualidad que albergaba el escritor (364 y ss). Arenas no asimila la idea de que en Estados Unidos, país en el que vivió desde 1980 hasta su muerte, se difumine la división de los papeles en las relaciones sexuales ni que los homosexuales se unan físicamente a otros iguales que ellos (Arenas 132).

La reversibilidad de los roles sexuales en la escena homosexual que conoció en el destierro le pareció completamente insatisfactoria, en tanto que desvanece la cualidad esencialista y heterosexista de las categorías “femenino” y “masculino” sobre las que se funda la noción de la homosexualidad como “inversión”, presente en las mismas estructuras del inconsciente heterocentrista. Por esa incompatibilidad entre la noción de inversión y la de encontrar satisfacción sexual con sujetos “invertidos” o la necesidad que tienen éstos de agruparse en asociaciones, podemos explicar la crítica que hace Arenas a la subcultura homosexual que halló en el país de acogida. Es verdad que aquí se mezclan aspectos que no necesariamente guardan relación entre sí, pues una cosa es la preferencia de ciertos homosexuales de asociarse y de formar *ghettos* (aspecto que no involucra el reparto de los papeles activos y pasivos en la relación sexual) y otra la distribución de las categorías “masculino” y “femenino” en dicha relación; pero respecto a esto último, el punto de vista areniano, además de partir de esquemas heterosexistas, delata una tendencia a la simplificación. La atribución a la generalidad de un esquema que no siempre funciona mecánicamente no dice mucho a favor de la amplitud de miras del autor. No extrañe que se califique de inmadura y desoladora la concepción areniana sobre la homosexualidad, o bien se censure el empleo que hace de un lenguaje predominantemente machista¹⁵. Lo que sorprende es que el mismo Arenas acaba contradiciéndose al recordar cómo durante su vida sexual en Cuba disfrutó tanto penetrando como siendo penetrado, siempre y cuando la pareja de turno fuese de su agrado. ¿En qué categoría habría que encuadrarlo a él entonces, en la de las “locas” o en la de los “bugarrones”?

No deja de resultar curioso que el deseo desaparezca en el exilio, como ocurrirá en lugares donde la homosexualidad deja de estar penada para pasar a convertirse en una práctica normativizada (por ejemplo, la cárcel, donde permaneció Arenas durante casi dos años). El placer en Arenas está supeditado a la aureola de secretismo y conspiración que ha de acompañar, según él, al acto sexual. Por eso donde más se regodeó en la narración de encuentros sexuales y donde más satisfacciones obtuvo de los mimos, fue, por paradójico que parezca, en la Cuba de Fidel Castro y siempre fuera de ambientes carcelarios, porque la homosexualidad constituye sólo un aliciente cuando posee el encanto de lo prohibido, cuando no está bien vista. En cambio, la suspensión del significado transgresor de tal práctica tiende a aminorar el impulso de incurrir en ella.

El delirio sexual materializado ya en circunstancias “normales” llega a su cenit durante las carnestolendas, donde la ruptura de la norma y de lo preestablecido rige las conductas humanas. Castro había permitido en 1970 la celebración del carnaval para recompensar al pueblo del fracaso de la Zafra de los Diez Millones, motivo por el cual se desata en la ciudad una orgía popular de dimensiones catárticas que da al traste con el estado de sitio en que vivía la sociedad cubana (Arenas 159), compensando por unos días la pérdida de las últimas ilusiones de quienes, en un momento inicial pero de fugaz esperanza depositada en el nuevo gobierno, creyeron ver en el sistema revolucionario la posibilidad de enmendar los errores del pasado. Como se da a entender página tras página en *Antes que anochezca*, las expectativas optimistas de los ciudadanos quedaron defraudadas muy pronto: el espíritu de la Revolución, que antes de 1959 prometía la libertad, dio paso inmediatamente a la institucionalización de una dictadura de izquierdas, en la que los despidos, los encarcelamientos, las humillaciones públicas, los actos de repudio o los fusilamientos estaban a la orden del día. No está de más aclarar que homosexualidad y enseñanza o cargos de dirección o militancia en el Partido eran, durante la Cuba del apogeo revolucionario, ideas incompatibles. Y es de lamentar que un acontecimiento histórico de tales magnitudes, que se propuso en un principio renovar las estructuras sociales del país, excluyera a los homosexuales del proyecto de ese “hombre nuevo” que preconizaba Ernesto “Che” Guevara en su conocido texto de 1965, “El socialismo y el hombre en Cuba”, prolongando así una tradición hispánica de machismo que perseveró, como una deformación atávica, en las concepciones homofóbicas de la política castrista. En alianza con los dogmas del discurso totalitario, tal homofobia se reavivó con la promulgación de leyes que no respetaron la jerarquía intelectual del repudiado ni dejaron a salvo siquiera a aquellas personas con las que éste convivía, especialmente a los consortes.

Es así que, durante varias décadas, todo aquel que en Cuba no comulgase con la ideología imperante o que no siguiese estrictamente la ética establecida por el Estado socialista, era execrado, estigmatizado, quedaba proscrito y expulsado del proyecto comunitario de la nación, o, tomando prestado el título del polémico poemario de Heberto Padilla, se hallaba “fuera del juego”. Como hemos podido ver, entre ese antimodelo de ciudadano destacaba aquél cuyas inclinaciones sexuales se salían de lo comúnmente tolerado por el conservadurismo homofóbico de la

cultura cubana. Con eso se explica también el cese de un sinnúmero de personas de sus puestos de trabajo a causa de la orientación sexual propia o la de sus parejas, así como el silenciamiento de otros muchos, como Piñera, Lezama Lima, Antón Arrufat, José Mario Rodríguez o el mismo Arenas, por sólo citar unos pocos ejemplos¹⁶.

El Primer Congreso de Educación y Cultura, celebrado en La Habana en 1971, tuvo entre sus puntos de debate el análisis de la homosexualidad. Arenas, que siguió de cerca las sesiones, atestigua que se leyeron cláusulas “donde se consideraba el homosexualismo como un caso patológico y, sobre todo, donde se decidía que todo homosexual que ocupase un cargo en los organismos culturales debía ser separado, inmediatamente, de su centro de trabajo” (164). Comenzó así el *parametraje*, según el cual cada escritor, cada artista, cada dramaturgo homosexual recibía un telegrama en el que se le comunicaba que no reunía los parámetros políticos y morales adecuados para desempeñar el cargo que ocupaba y que, por tanto, quedaba sin empleo o se le ofertaba otro en un campo de trabajos forzados.

Los portavoces políticos que lideraban el desarrollo del Congreso decidieron impedir por todos los medios que los homosexuales tuvieran contacto con la juventud, a la que no se debía dar mal ejemplo o contaminar con ideas subversivas, por lo que de inmediato tuvo lugar la purga que acabó con la destitución de muchos homosexuales de sus puestos como profesores, directores de teatro, etc. Algunos fueron obligados a trabajar en otra parte, mientras que muchos otros fueron detenidos y encarcelados, como el escritor René Ariza, condenado a ocho años de cárcel, o José Lorenzo Fuentes, sentenciado a treinta¹⁷.

El resultado para la cultura de esta política homofóbica fue un visible estancamiento, pues de todos es conocido que gran parte de sus mejores representantes eran homosexuales¹⁸. En el campo de la producción artística, el estado comunista sólo permitió temas apologéticos y “revolucionarios”, y es en ese ambiente de ortodoxia ideológica en el que escritores como Arenas empezaron a tener sus mayores problemas con las autoridades.

Aunque no todos los intelectuales homosexuales cuestionaron su fidelidad hacia el gobierno de Castro, pese a la dureza con que se aplicaron las leyes homofóbicas a las minorías sexuales, a no ser que el desempeño de un cargo oficial sirviese de escudo protector o se trabajase en secreto para la Seguridad del Estado, el caso de Arenas es muy distinto. Su rebeldía, no sólo por ostentar su condición de homosexual,

sino también por sus críticas al régimen, por sus contactos con extranjeros, por el envío clandestino de los manuscritos de sus obras fuera del país y la publicación de los mismos sin el permiso de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba), acabó granjeándole las antipatías de los mandatarios¹⁹. Cada vez se estrechaba más el círculo del insilio. Su correspondencia será interceptada (Arenas 170), nadie le da noticia de él a los visitantes que llegaban a Cuba preguntando por su paradero; con frecuencia las universidades extranjeras le extendían invitaciones o las editoriales de España y América le enviaban cartas que nunca recibía; en la UNEAC, donde trabajaba, no le dejaban revisar los textos que se publicaban en *La Gaceta de Cuba*, de la que era redactor.

Su arresto sólo era cuestión de tiempo. Una de sus aventuras sexuales, compartida con Coco Salá (Roger Salas), un compañero de correrías, sirvió de pretexto para que su incómoda presencia fuese eclipsada. En el verano de 1973 se encontraba en la playa de Guanabo en la que él y Coco conocieron a unos jóvenes con los que fornicaron en medio de unos manglares. Éstos, aprovechando que los otros se bañaban, les robaron sus pertenencias (entre las que figuraban algunos manuscritos del escritor). Coco lo denunció a la policía, la cual recorrió en un vehículo la playa hasta dar con los autores del robo. Al ser interrogados en la estación de policía, los muchachos acusaron, a su vez, a los denunciantes de haber abusado sexualmente de ellos. Mientras Reinaldo quedó entre rejas y más tarde fue juzgado y condenado a dos años de cárcel por varios delitos ajenos al motivo inicial de la detención, además de escándalo público, a su amigo le aplicaron una pena mínima y al final lo soltaron, pese a que en principio era culpable del mismo delito (Arenas 181–83).

Nada de esto debe causarnos sorpresas si tenemos en cuenta que a la luz de un artículo de la ley castrista, “en el caso de que un homosexual cometa un delito erótico, basta con la denuncia de una persona para que él mismo pueda ser encausado. Nosotros fuimos no sólo encausados, sino conducidos a la cárcel de Guanabacoa” (Arenas 182). La policía se puso en contacto con la UNEAC, que elevó los peores informes del escritor. De su expediente lo único que se consideró fue su actividad contrarrevolucionaria y homosexual y la publicación de libros en el extranjero (Arenas 182). En un principio los pusieron en libertad bajo fianza. Su amigo Tomasito la Goyesca (Tomás Fernández Robaina), del que tan desvergonzadamente se mofa tanto en sus memorias como en *El color de verano*, se prestó a conseguir el dinero (Arenas 182).

Para que se encargara de su caso, Arenas nombra a un abogado, quien después de tranquilizar a su cliente, ya que en realidad no había prueba alguna en su contra, un buen día le enseña un enorme pliego en el que aparecen recogidos los títulos y los contenidos de sus obras publicadas en Francia, México, Argentina y Uruguay. El informe—firmado por personas que hasta entonces (al menos aparentemente) eran excelentes amigos—lo acusaba de contrarrevolucionario y de haber sacado sus libros fuera del país sin el consentimiento oficial necesario (Arenas 182). Ya no se trataba de un delito común de escándalo público; ahora había pasado a engrosar la lista de los enemigos políticos. Su propia tía Orfelina, en cuya casa vivía, aportó informes negativos en los que contaba su vida depravada y sus actitudes irrespetuosas con la ideología del sistema político cubano (Arenas 183).

Después de un amago frustrado de suicidio y de intentar sin éxito huir del suelo insular, Arenas se refugió en el Parque Lenin—más de seiscientas hectáreas de terreno próximo a La Habana—donde Castro había ordenado sembrar plantas y árboles de todas las especies y construir un anfiteatro sobre un lago artificial (Arenas 195). Empezó a escribir allí sus memorias en las libretas que su amigo Juan Abreu le llevaba a escondidas y que luego se perderían (Arenas 198). Sin haber conocido todavía prisión alguna, Arenas sabía muy bien por boca de otras personas cómo era el mundo carcelario. Pero, aun cuando su vida corría serio peligro, él, tan apasionado por la literatura como por el sexo, temía más la imposibilidad de escribir en la penumbra del calabozo que la falta de libertad física o la indefinida abstinencia sexual que le aguardaba (Arenas 198). Sin embargo, como era de esperar, las autoridades acabaron deteniéndolo y recluyéndolo en el Morro. Lo capturaron cuando se hallaba abstraído disfrutando de una de sus actividades favoritas: la lectura.

Este episodio cierra un paréntesis tan largo como accidentado en la trayectoria disidente de Arenas; trayectoria en la que se detecta un proceso de distanciamiento, donde el entusiasmo primigenio y la esperanza puesta en el porvenir tras el advenimiento de un orden nuevo serán sustituidos por un profundo desencanto. Una época “clandestina y perentoria, pero aún cargada de creatividad, erotismo, lucidez y belleza” (Arenas 153). Su fidelidad a la literatura, su defensa de la libertad creadora, sus dificultades para adaptarse a las rígidas legislaciones del modelo comunista y la entrega ciega a una práctica sexual contraria a los principios morales vigentes en aquel momento histórico de la Isla

desencadenaron su visceral anticomunismo. Para Arenas, como ya se ha visto, escritura y sexualidad encarnan manifestaciones complementarias que responden a un mismo anhelo y sirven para deslegitimar el discurso autoritario; debido a ello se aferra a ambas actividades como un acto de subversión, de irreverencia, de venganza. En el trauma histórico del período comunista cubano se gesta la oposición raigal de un escritor que compuso casi toda su obra apelando al odio como fuente creativa, un odio lanzado contra la opresión social y artística y tan influyente que termina convirtiéndose en elemento nuclear de su universo literario. Sin duda, la producción total de Arenas hubiese tenido un matiz muy distinto de haber mediado en su favor factores políticos y sociales menos restrictivos, aunque, por supuesto, conociendo la tendencia contestataria que moldeó la personalidad del novelista, seguramente cabría esperar de él la localización de nuevos blancos a los que dirigir sus críticas.

Lo que nos resta destacar de esta conflictiva etapa es que, desde los años 70 en adelante y hasta su exilio por el puerto marítimo del Mariel en 1980, la situación de Arenas se hará cada vez más insostenible. En el desierto de un país gobernado por un régimen político que no admite la diferencia, el grito de una figura transgresora como la suya había de perderse necesariamente en el aire antes de que pudiera ser escuchada por sus coetáneos. Tras su puesta en libertad en 1976, seguirán cerrándosele las puertas: las fuerzas del estado totalitario, suspendidas sobre él como una espada de Damocles, intentarán ningunarlo apartándolo de las editoriales, de los concursos, de las instituciones culturales, de los medios de difusión literaria, condenándolo a vegetar en una cárcel de dimensiones mucho mayores que las del Castillo del Morro y de Villa Marista, en las que estuvo confinado—Cuba, la Isla en peso. El destierro norteamericano introdujo a Arenas en el círculo de la extraterritorialidad, espacio de resistencia popular, pero que también trajo consigo una progresiva pérdida identitaria. A pesar de estas experiencias alienantes, su actividad creadora no se interrumpió en la distancia ni se disolvió su íntimo maridaje con la escritura. Además, lejos de Cuba pudo ejercer libremente su homosexualidad, aunque ya no tuviera la misma magia que en el pasado, y habría de dar a conocer una serie de obras inéditas—poemarios, obras de teatro experimental, cuentos y novelas—, muchas de las cuales fueron escritas por vez primera antes de su establecimiento en Estados Unidos, entre 1966 y 1980. Las nuevas circunstancias a las que se enfrentará en la sociedad norteamericana

engendrarían también una visión no menos crítica del capitalismo, de la esclavitud del hombre bajo el predominio de intereses económicos y valores monetarios; y a partir de ahí nuevas obras de ficción, escindidas entre la denuncia abierta al sistema político que había dejado atrás y la parodia del mundo moderno estadounidense, se sumarán a las ya redactadas. Por encima de diferencias temáticas y de género, en todas ellas sobresale la nota subversiva, inverosímil, hiperbólica y carnavalesca que cohesiona y da unidad a casi toda su escritura.

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

NOTAS

¹ Otorgo a la denominación “autobiografía” un significado más amplio de lo acostumbrado: simple relato autodiegético basado en la coincidencia del autor con el narrador y el protagonista de la historia narrada, el cual se funda además sobre una forma de anacronía (la retrospectión o analepsis) y que exige la presencia de un narratario, con independencia de que los hechos de la propia vida traspasen o no el nivel de lo puramente individual, enmarcándose en relación con otras vidas y en el contexto del acontecer político, social y cultural.

² Es difícil saber por ahora el año exacto en que fueron creadas las UMAP. Oficialmente jamás han existido, pero son muchos los que las mencionan y aseguran haber estado en estos recintos de castigo.

³ Norberto Fuentes no duda en calificar a las UMAP de “campos de concentración” y los describe en los siguientes términos: “un terreno cercado con alambradas electrificadas y con torretas de vigilancia y reflectores y perros y en el que se hacían en sus barracas centenares de famélicos esclavos. En Camagüey sólo faltaron los crematorios y cambiar la bandera cubana por la de la esvástica. Se daba baqueta (una modalidad de la flagelación pero con el canto de una bayoneta de los viejos Springfields del ejército de Batista), ‘piscinas’ (obligarte a nadar hasta el desfallecimiento y, por consiguiente, hasta la posibilidad de ahogarte, en una poceta de agua fangosa en la que no puedes alcanzar el borde porque te abren fuego), enterrarte hasta el cuello al sol y sereno, amarrarte por las piernas y hundirte en un excusado, y todas las linduras por el estilo que se apetezcan, teniendo como colofón para los incorregibles, ingobernables, inadaptables, la celebración de un juicio con la tropa formada en presencia de un primer teniente de los servicios jurídicos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias” que culminaba con la muerte del reo (301).

⁴ Los datos que ofrece el autor son sorprendentemente reveladores. En realidad, de la información suministrada por la obra se puede inferir, incluso, que las preferencias sexuales de Arenas evolucionan desde el papel activo a un creciente deseo a ser penetrado por sus parejas: “Hasta ese momento yo, en las pocas relaciones que había tenido, hacía el papel activo . . . él quería poseerme y realmente lo hizo con tal maestría que lo logró, y yo disfruté de aquel logro . . . Miguel siempre me poseía y yo pasé de ser activo a receptor y esto me satisfacía plenamente” (Arenas 95). Pero más adelante comenta que con otro de sus amantes, Raúl, se produce un nuevo cambio dinámico: “El se convirtió en mi amante y yo volví a hacer mi papel activo en el sexo, que era lo que complacía a Raúl y, por otra parte, yo me sentía bien de cualquier manera si la persona me gustaba” (96).

⁵ En entrevista con Jacobo Machover, realizada en 1987, Arenas puntualizó que “Tanto el homosexualismo como la creación literaria se ven unidos porque son ambos proscritos, puesto que no conducen a producciones prácticas en la vida” (Machover 266).

⁶ La disposición “perversa polimórfica” de la que hablara Freud (56–57) incluye la sexualidad del muchacho previa al comienzo del complejo de Edipo. El concepto se refiere a diferentes prácticas autoeróticas, caricias orales y anales en las que la libido se manifiesta antes de que se establezca un único tipo de elección de objeto sexual a través del mecanismo de represión.

⁷ Véanse las páginas 103–04 de sus memorias. Entre las “locas de argolla” destaca también Arenas a Tomasito La Goyesca, joven que trabajaba en la Biblioteca Nacional; entre las “locas comunes” menciona al escritor Reinaldo García Ramos; en la categoría de “loca tapada” incluye al dramaturgo Nicolás Díaz (¿Nicolás Dorr?); y en la “loca regia”, a Alfredo Guevara Valdés, que ha sido presidente del ICAIC (Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos). En la novela *El color del verano* establece una nueva clasificación de los homosexuales, pero esta vez de los “bugarrones” (*bugarrón*, en el habla de Cuba y del Caribe, es el sujeto que finge como activo en las relaciones homosexuales y que generalmente prefiere jóvenes y adolescentes). Aquí reseña cuatro modalidades de bugarrones: el “bugarrón de ocasión o bugarrón dormido”, el “bugarrón acomplejado”, el “bugarrón nato” y el “superbugarrón”.

⁸ El neologismo “insilio” (o “incilio”) nació en la crítica uruguaya para designar “al conjunto de epifenómenos originados por la [sic] dictaduras, considerados desde el punto de vista de la *intelligentsia* uruguaya, y más concretamente a la situación de quienes estaban sometidos a la violación permanente de los derechos humanos, a todo tipo de atentados contra las libertades de pensamiento, de expresión y de reunión, así como, concomitantemente, a la pauperización y sojuzgamiento de las instituciones docentes y culturales y a las represalias ejercidas contra amplios sectores de intelectuales (cesantías, prohibición de ejercer determinadas actividades profesionales, persecución policial o judicial, censura), y que, al mismo tiempo no podían, por diferentes razones, salir del país” (Perera San Martín 31–32).

⁹ “Confluencias” aparecería recogido en el volumen de Lezama Lima, *La cantidad hechizada*.

¹⁰ Para mayor información sobre la poética del autor de *Muerte de Narciso*, véase el artículo titulado “Lezama o el reino de la imagen”, que el propio Arenas escribió en 1969 y que incluiría en su libro de ensayos *Necesidad de libertad: testimonios de un intelectual disidente*.

¹¹ Pese a que en mi trabajo los vocablos “sexo” y “erotismo” estén casi igualados, y el mismo Arenas los emplea como sinónimos, debiera aclararse que en la mayoría de las relaciones que mantuvo con varones prima una visible ausencia de carga afectiva y emocional, algo que queda fuera de los impulsos de la vida erótica. Es más, ya Georges Bataille estudió el erotismo en su vinculación con los movimientos de la religión cristiana y en tanto “objeto de la pasión” y “contemplación poética” (Bataille 13). Al mismo tiempo que es una exuberancia de la vida, el objeto de la búsqueda psicológica que representa la actividad erótica no es extraño a la muerte (15). Por un lado, observa el ensayista francés, el erotismo se define por la independencia del goce respecto a la reproducción considerada como fin, pero, por otro, y paradójicamente, el sentido fundamental de la reproducción es la clave del erotismo (16). Supone un tránsito de la discontinuidad a la continuidad, y a la inversa. En sus tres formas complementarias—el de los cuerpos, el de los corazones y el sagrado (20)—el erotismo significa una violación del ser que conduce hasta el desfallecimiento (22). Y añade que “Toda operación erótica tiene como principio una destrucción de la estructura del ser cerrado que es, en su estado normal, cada uno de los participantes del juego” (22). Puesto que para Arenas el sexo es un simple desahogo físico, “improductivo”, limitado a las zonas erógenas genital y anal y sin las dosis de complicidad e intimidad necesarias en las relaciones amorosas convencionales (Arenas 279), sus múltiples contactos sexuales, que ignoran el vértigo del abismo suscitador de la idea de muerte, que están desposeídos del menor carácter sagrado o divino, y donde la fusión mutua de los cuerpos no es una prolongación de la pasión de los amantes (Bataille 24), no pueden tildarse de eróticos, en el sentido estricto de la palabra. Con ellos no se aspira a la continuidad de los seres discontinuos, sino a resaltar la misma discontinuidad, el aislamiento y la incompletitud del hombre.

¹² Esta búsqueda del placer a ultranza durante el denominado eufemísticamente “Período Especial en Tiempos de Paz” no tiene únicamente como meta la obtención urgente e ilícita de divisas con que solventar los problemas inmediatos de subsistencia (estoy pensando, por ejemplo, en el fenómeno del “jineterismo”), sino que a esto se añade un trasfondo con valores disruptivos: el cuestionamiento del *discurso del sacrificio* que la ideología utilitaria y homogeneizante del gobierno revolucionario ha venido manteniendo sobre la población como modelo de conducta por más de cuarenta años.

¹³ Entendemos por “discurso nacionalista cubano” el conjunto de definiciones, programas y juicios que desde principios del siglo XIX comenzaron a construir la utopía nacional o, en palabras de Antonio Benítez Rojo, “el deseo de lo nacional” (103–25).

¹⁴ No sólo Cabrera Infante y Nagy-Zekmi reparan en esta interacción entre represión política y liberación sexual, sino que también David Vilaseca hace lo propio al constatar que la política de Castro contra la homosexualidad produjo un efecto contrario al que perseguía: la promoción y proliferación de actos homosexuales (361). En el mismo artículo precisa Vilaseca que al desaparecer la prohibición contra la homosexualidad en contextos como los carcelarios, el placer se reduce significativamente o incluso deja de existir. De ahí que el sexo, en la etapa estalinista del gobierno de Castro, se convirtiera en una forma de protesta, en una actividad secreta de rebeldía.

¹⁵ Según Miguel Correa Mujica, las teorías de Arenas sobre la homosexualidad “rozan con el primitivismo más inquietante”. Y Diana Palaversich demuestra que el texto de Arenas no escapa a muchos de los prejuicios que caracterizan la sociedad machista y patriarcal que critica al internalizar una alabanza al macho heterosexual y rendir homenaje a la masculinidad heterosexual, agresiva y dominante, considerándola una masculinidad verdadera, superior a las otras (117).

¹⁶ Poeta y editor, José Mario fundó en 1960 el grupo literario *El Puente*, que funcionó también como editorial hasta que en 1965 el poco permisivo gobierno cubano la clausuró ante la negativa de su director de renunciar a la independencia ética y estética que la caracterizaba a favor del acatamiento a las ideas excluyentes y antidemocráticas que estaban en vigor. Entre los integrantes del grupo, más unidos por una voluntad de autonomía respecto al movimiento origenista, que por una poética común, había revolucionarios (Isel Rivero, Ana María Simo, Belkis Cuza Malé, Josefina Suárez, Gerardo Fullea León, Nancy Morejón y Pío E. Serrano) o pasivos espectadores de los acontecimientos políticos (Reinaldo García Ramos, Miguel Barnet o el propio Mario).

¹⁷ De todas formas, Leiner (41) destaca el elevado número de delegados que participó en el Congreso y la extensa preparación del evento en todo el país, lo que hace difícil sostener la impopularidad de la política antihomosexual o el trabajo de la camarilla “estalinista”, como ha sugerido el historiador Allen Young.

¹⁸ La contribución de los homosexuales a la cultura cubana, lo mismo dentro que fuera de la Isla, y tanto en el campo de la literatura como en otros ámbitos, ha sido considerable. Numerosos artistas, si bien no siempre han dado cabida explícitamente en sus obras a una temática cuya representación fue censurada desde finales de los 60 por la política cultural oficial en Cuba, al menos han aportado una sensibilidad diferente. Además de Lezama Lima, Emilio Ballagas, Calvert Casey, Piñera—director, junto a Rodríguez Feo, de la revista *Ciclón*—o Arrufat, destaquemos a Arenas y a Severo Sarduy, que fundieron homoerotismo y construcción nacional. Desde mediados de la década del 80 del siglo pasado la homosexualidad ha venido conquistando un espacio definitivo en la cultura isleña (piénsese en la cuentística de Roberto Urías, de Miguel Mejides, de Jorge Ángel Pérez, de Pedro de Jesús López, de Ena Lucía Portela, en la narrativa de Leonardo Padura Fuentes, en la poesía de Norge Espinosa o en la obra de Abilio Estévez). La lista sería demasiado extensa, pero no deben faltar, como precedentes, *El*

ángel de Sodoma (1928) y *Hombres sin mujer* (1938), las novelas de Alfonso Hernández Catá y de Carlos Montenegro, respectivamente, o, en fechas mucho más recientes, el cuento de Senel Paz, “El lobo, el bosque y el hombre nuevo”, de 1990. Entre los pintores, grabadores, dibujantes o fotógrafos, citemos a Raúl Martínez, Servando Cabrera, Eduardo Hernández, Aisar Jalil o Humberto Peña, que, desde distintas perspectivas, han emprendido el desmontaje del machismo y la dislocación de sus estereotipos mediante el sustento de la androginización, el culto al cuerpo masculino, a la sexualidad hedonística y al desnudo con frecuentes matices homoeróticos.

¹⁹ *El mundo alucinante* (1969) había aparecido en México y en Argentina (1969 y 1970) y se había traducido en Francia (1968). Entre 1968 y 1972 se publicaron tres ediciones argentinas de *Celestino antes del alba* y una traducción al francés (1973). Por último, el volumen de cuentos *Con los ojos cerrados* (1972) había sido editado en Uruguay.

OBRAS CITADAS

- Álvarez-Tabío Albo, Emma. *La invención de La Habana*. Barcelona: Editorial Casiopea, 2000.
- Arenas, Reinaldo. *Antes que anochezca*. 2ª ed. Barcelona: Tusquets Editores, 1998.
- Barquet, Jesús J. “Suicidio y rebeldía: Reinaldo Arenas habla sobre el suicidio”. Ed. Reinaldo Sánchez y Humberto López Cruz. *Ideología y subversión: otra vez Arenas*. Salamanca: Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca “Federico de Onís-Miguel Torga”, 1999. 111–16.
- Bataille, Georges. *El erotismo*. 2ª ed. Barcelona: Tusquets Editores, 2000.
- Bejel, Emilio. “*Antes que anochezca*: autobiografía de un disidente cubano homosexual”. *Hispanamérica* 25 (1996): 29–45.
- Benítez Rojo, Antonio. “¿Cómo narrar la nación? El círculo de Domingo Delmonte y el surgimiento de la novela cubana”. *Cuadernos Americanos* 3 (1994): 103–25.
- Cabrera Infante, Guillermo. “Reinaldo Arenas o la destrucción por el sexo”. *Vidas para leerlas*. Madrid: Alfaguara, 1998. 181–88.
- Correa Mujica, Miguel. “Aproximación crítica a *Termina el desfile* de Reinado Arenas”. *Especulo. Revista de Estudios Literarios* 12 (1999). 26 enero 2004 <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/arenas.html>>. Freud, Sigmund. *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza Editorial, 1972.
- Fuentes, Norberto. *Dulces guerreros cubanos*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1999.
- Jiménez, Luis A. “*Antes que anochezca* y el homoerotismo en la autobiografía”. Ed. Reinaldo Sánchez y Humberto López Cruz. *Ideología y subversión: otra vez Arenas*. Salamanca: Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca “Federico de Onís-Miguel Torga”, 1999. 13–24.
- Leiner, Marvin. *Sexual Politics in Cuba: Machismo, Homosexuality and AIDS*. Boulder: Westview P, 1994.

- Machover, Jacobo. "El mar siempre es el símbolo fundamental de la liberación (Conversación con Reinaldo Arenas)". *La memoria frente al poder. Escritores cubanos del exilio: Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas*. Zaragoza: Universitat de València, 2001. 251–70.
- Nagy-Zekmi, Silvia. "La Cuba homotextual de Arenas: deseo y poder en *Antes que anochezca*". Ed. Daniel Balderston. *Sexualidad y nación*. Pittsburgh: Biblioteca de América, 2000. 213–23.
- Negrín, María Luisa. *El círculo del exilio y la enajenación en la obra de Reinaldo Arenas*. Lewiston: The Edwin Mellen P, 2000.
- Palaversich, Diana. "Grito, luego existo. La homosexualidad y la disidencia política en la narrativa de Reinaldo Arenas y John Rechy". *Hispanófila* 138 (2003): 111–34.
- Perera San Martín, Nicasio. "Problemas metodológicos de la narrativa del insilio". *Coloquio internacional: El texto latinoamericano*. Vol. I. Madrid: Fundamentos, 1994. 31–41.
- Valero, Roberto. "'Ay, qué lindo tienes el pelo'. Un testimonio de los últimos tiempos de Arenas". Ed. Ottmar Ette. *La escritura de la memoria. Reinaldo Arenas: textos, estudios y documentación*. 2ª ed. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 1996. 29–32.
- Vilaseca, David. "On the Constitution and Uses of Homosexuality in Reinaldo Arenas's *Antes que anochezca*". *Bulletin of Hispanic Studies* 74 (1997): 351–71.
- Young, Allen. *Gays Under the Cuban Revolution*. San Francisco: Gray Fox P, 1981.
- Zayas, Manuel Ramón de. "Sangre y Arenas: Machismo, homosexualidad y subversión". *Apuntes Posmodernos* 6 (1995): 3–19.